

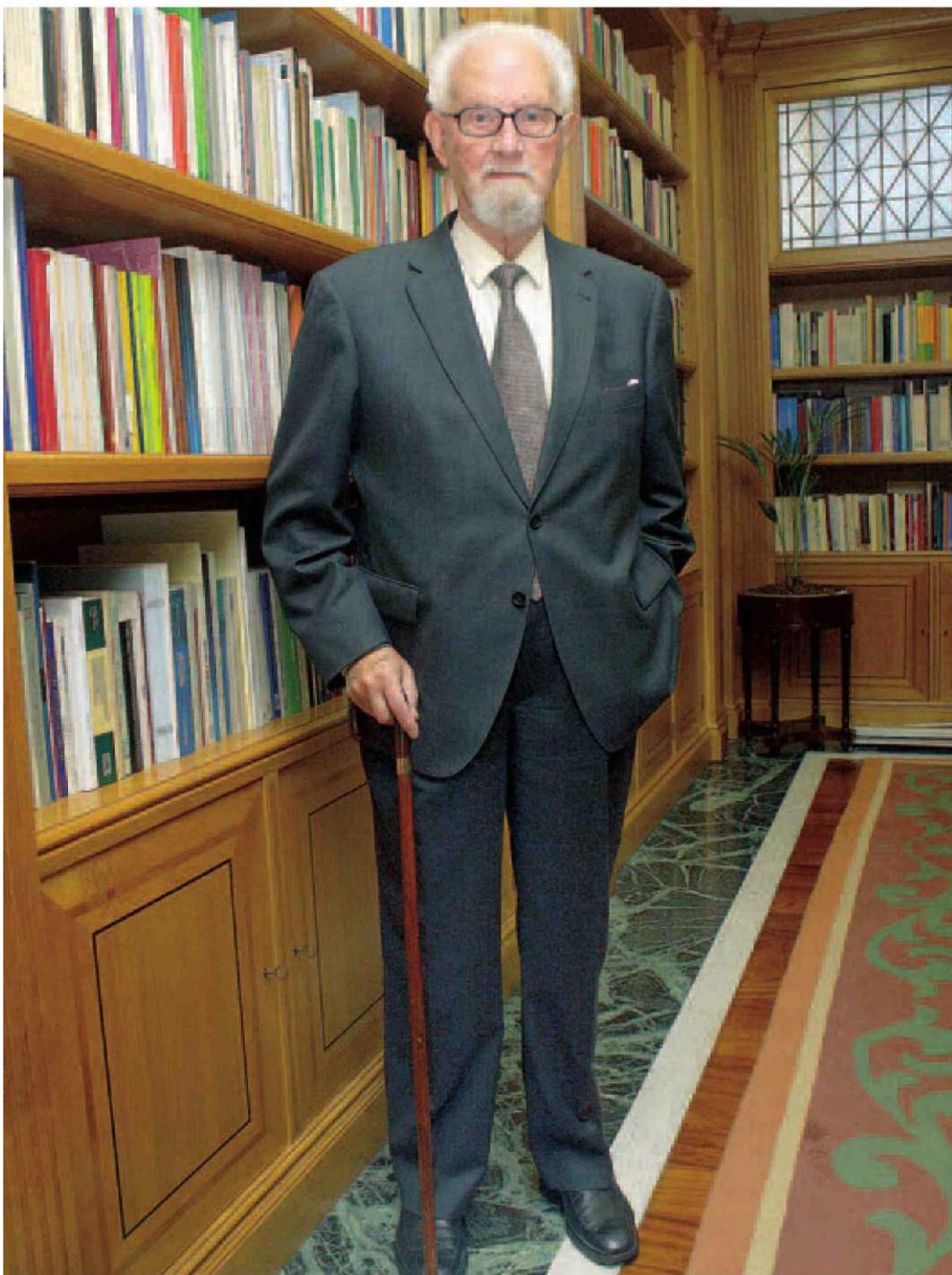


Memorias [1]

Julio Rodríguez Villanueva, bioquímico y ex rector de la Universidad de Salamanca

«A Ochoa le considero mi padre científico, él fue quien me recomendó ir a Cambridge»

«Tengo 32 discípulos que son catedráticos y puede que sea la mayor escuela investigadora de España, con personas buenísimas como fue Santiago Gascón, rector de la Universidad de Oviedo»



◆ J. Morán

Madrid

El bioquímico asturiano Julio Rodríguez Villanueva tiene en su haber la creación de la que probablemente es la «escuela» científica más copiosa de España. «Tengo 32 discípulos que son catedráticos, con personas tan buenas como Santiago Gascón, ya fallecido, y que fue rector de la Universidad de Oviedo». A su vez, Rodríguez Villanueva reconoce su «paternidad científica» en el también asturiano Severo Ochoa, premio Nobel de Fisiología y Medicina en 1959. «Al lado de nuestra casa de Villamayor, Piloña, hay un edificio, el más bonito del pueblo, de piedra, que ahora es un hotel y que fue la casa de doña Severiana, tía de don Severo Ochoa». En esa casa, siendo él bachiller, conoció a Ochoa, «y al terminar el doctorado en Madrid, en 1955, le escribí para que me orientase; fue él quien me aconsejó ir con el profesor Gale, de Cambridge, un paso definitivo en mi vida».

Acudir a la prestigiosa Universidad británica fue algo a lo que también le orientó un doctorado de dicha institución, el profesor Branquino, de Lisboa. Todo ello sucedía con un joven que se había aficionado a la química y a la biología «mirando por el microscopio» de la farmacia de su padre, Julio Rodríguez, en Villamayor, donde Rodríguez Villanueva había nacido en 1928. Tras la Guerra Civil, el chico había ido a estudiar con los agustinos de León. Después, acude a Madrid a estudiar Farmacia. Obtuvo el premio extraordinario de licenciatura en 1952 y más tarde el de doctorado.

A continuación, viene su estancia en Cambridge durante cuatro años, «en un ambiente magnífico de investigación y con varios premios Nobel en el departamento». Regresa a España consciente de que «era mi país el que me había becado para salir al extranjero y formarme».

Ingresa entonces en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC), al igual que su esposa, Isabel García Acha. En el Consejo pasa por todo el escalafón, hasta llegar a profesor de investigación. Obtiene después la cátedra en la Universidad de Salamanca, donde pone en marcha el departamento de Microbiología y más tarde el Instituto de Microbiología y Bioquímica. De la Universidad salmantina será rector entre 1972 y 1979, así como primer presidente de la Confederación de Rectores de Universidades del Estado, CRUE (1978-79), que nace precisamente en Oviedo. En el presente es vicepresidente del Consejo Científico de la Fundación Ramón Areces y ha sido durante años jurado del premio «Príncipe de Asturias» de Investigación Científica y Técnica. Sus «Memorias» para LA NUEVA ESPAÑA se publican en esta primera entrega y en otras dos, mañana, lunes, y el martes.



Memorias [1] Julio Rodríguez Villanueva, bioquímico y ex rector de la Universidad de Salamanca

«Mi afición nació en la farmacia de mi padre, donde él hacía análisis y yo miraba por el microscopio»

«En Villamayor, durante la guerra, desarmaron de mala manera los altares de la iglesia nueva, los quemaron y luego mataron a los dos sacerdotes»

Viene de la página anterior

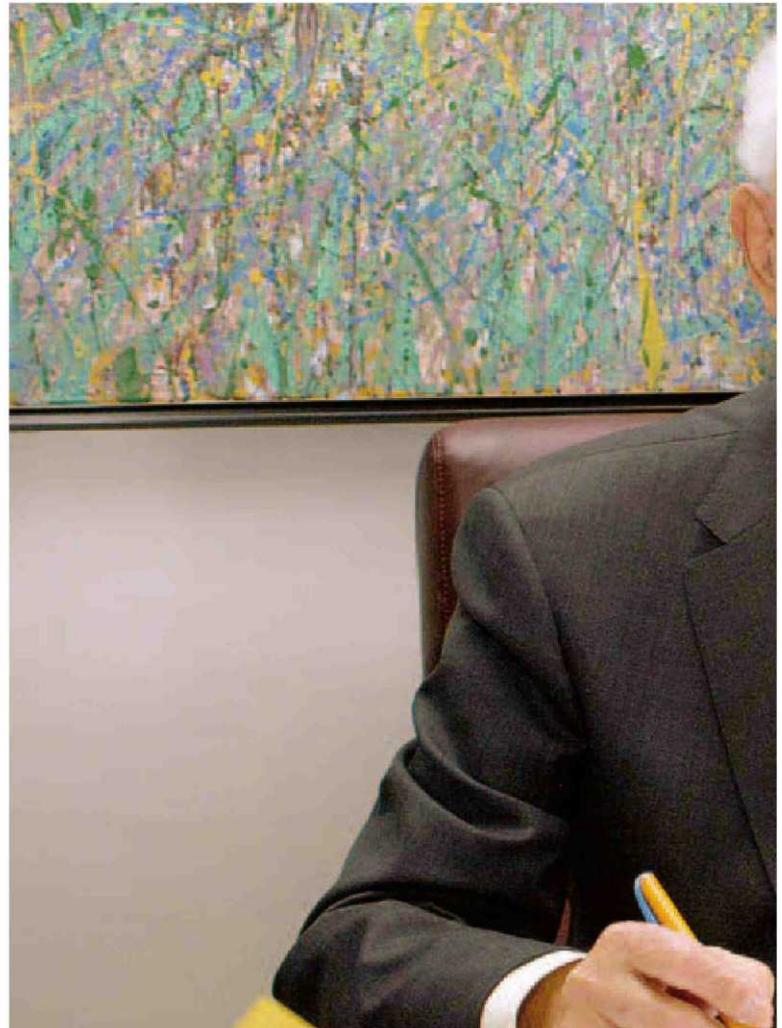
● **La farmacia y las recetas.** «Nací en Villamayor, concejo de Piloña, en 1928, el 27 de abril. Mi padre, Julio Rodríguez Rodríguez, era el farmacéutico de Villamayor. Él era natural de la provincia de León y había estudiado Farmacia en Santiago y luego en Madrid, con muy buenas notas; era un hombre muy brillante. La familia de mi padre era de agricultores, en Villamandos de la Vega, en la carretera antigua de León a Benavente. Mi padre era el mayor de once hermanos y sólo estudió él; los demás trabajaron el campo. Se establece en Villamayor porque la farmacia, que era de Calleja, creo recordar, se puso en venta y él la adquirió. Allí se radicó y vivió siempre. El farmacéutico de un pueblo, en aquella época, hacía un poco de todo y a él acudía toda la gente. Hacía de médico, de analista, preparaba fórmulas magistrales y recetas... Era además un hombre bondadoso y generoso, y no diré más que cuando murió quedaron cajones de recetas que no había cobrado. Antes, cuando no había recetas de la Seguridad Social, sucedía que los clientes le decían: "Apunte, don Julio, apunte", y ahí se quedaron. Cuando llegaron las recetas de la Seguridad Social ya era diferente. Viajaba a veces a León y a Oviedo, mayormente, porque era donde estaban los almacenes de productos farmacéuticos. En Villamayor conocí a mi madre, Lidia Villanueva Pintueles. Se casaron y tuvieron dos hijos; yo fui el mayor y después vino mi hermana, María Luisa. Mi madre era natural de Castropol, en el occidente de Asturias, pero después vivió en Miyares, que está en la carretera de Borines. Miyares es un pueblo muy bonito, en la falda del Sueve y con unas vistas hermosas hacia todo el valle. Ella hizo la carrera de Magisterio. Después le tocó destino en África y creo que llegó a ser sargento del Ejército. Después fue cuando decidió hacer Farmacia, en Santiago, y los dos últimos cursos, en Madrid, donde la terminó con unas notas brillantísimas. De hecho, no sé por qué mi padre se metió en una farmacia, porque tenía capacidad para mucho más; fue muy buen estudiante y yo creo que inteligente. Falleció con 94 años».

● **Sacerdotes fusilados.** «Tengo muy malos recuerdos de la Guerra Civil, muy malos, que afectó mucho a nuestra zona, hasta el punto de que los dos sacerdotes de Villamayor fueron fusilados unos días antes de entrar los nacionales. Uno de ellos, don Gaspar, era un santo, y muy amigo de mis padres. Conservo un gran recuerdo de ellos, pero muy malo de aquellos sucesos de la guerra. Estaban recién puestos los altares en la iglesia nueva, la grande, la que hay ahora, y los desarmaron de mala manera. Vi el incendio cuando los quemaron en el Camperín, una explanada al lado de la iglesia. Y luego mataron a los dos sacerdotes y a otras personas. Yo tenía 7 u 8 años y todavía recuerdo las barbaridades que se hicieron en aquella época en la zona roja. Antes, la Revolución de Octubre de 1934 también había afectado en el ambiente general, pero yo

era muy pequeño. Me considero muy español y como viví tiempo en el extranjero apreció más la españolidad y el ambiente español. Soy también muy aficionado al fútbol. Me gusta desde pequeño, cuando jugaba en el Fortuna, de Villamayor. Tenía además un primo que vive en Oviedo, que nació en Puerto Rico y que después vino y vivió con mi hermana y conmigo; este primo jugaba muy bien el fútbol. Mis equipos son el Oviedo y el Madrid, y disfruté mucho con el Oviedo; fui muy ovidiستا e iba a algunos partidos en el estadio de Buenavista».

● **Fórmulas magistrales.** «Así que mi infancia la pasé en Villamayor y luego fui a estudiar el Bachillerato en el Colegio de los padres agustinos de León, donde estuve siete años interno. Al terminar la Guerra Civil, en Oviedo no había colegios; se quedó todo destruido y después fueron volviendo poco a poco a la normalidad. Pero mis padres me enviaron a León no porque mi padre hubiera estudiado allí, sino más bien por razones familiares. De León tengo buen recuerdo, pero una época difícil. No voy a decir que pasamos hambre, pero un poco sí; había días que nos daban un panecito pequeño para todo el día. Era la época del racionamiento y las cartillas. El colegio, ya desaparecido, estaba entre San Marcos y la plaza de Santo Domingo, en una calle que ni siquiera estaba urbanizada. Fui buen estudiante, con buenas notas. Tenía mucho amor propio y, sobre todo, responsabilidad. Yo sabía del esfuerzo que hacían mis padres, aunque sólo éramos mi hermana y yo. Ella es licenciada en Filosofía y Letras; hizo los estudios en Oviedo, en el Colegio de las Dominicas. Me atraían más las asignaturas de Ciencias, la Química, la Biología... En la farmacia de mi padre trabajé bastante; mi hermana y yo ayudábamos. Hice muchas fórmulas magistrales, mucho papeleo y toda clase de tareas durante muchos años. La farmacia era el medio de vida de la familia. Mi padre no era ninguna persona rica; era de familia bien situada como agricultores, en Villamandos, pero no eran tampoco muy pudientes. La farmacia daba para vivir con una cierta holgura, pero no mucha. La gente tendía más a ir a Infiesto, que estaba a cinco kilómetros y donde había dos farmacias. Pero Villamayor tenía una caída bastante grande de pueblos de los montes, de Sevares, hasta Borines; y por el otro lado, igual, de Pesquerín, Mones y de todos los pueblos de los alrededores. Y yo fui a estudiar Farmacia porque mi padre pensó que yo iba a quedar en ella e iba a hacer de aquello mi vida, pero las cosas cambiaron a medida que yo progresé en los estudios, y, luego, ya en Madrid hice muy bien la carrera, con premio extraordinario de licenciatura y de doctorado».

● **Curso competitivo.** «Fui a estudiar a Madrid y no a Santiago, aunque a esta última universidad iban de Asturias bastantes estudiantes en aquella época. Pero mi padre había terminado la carrera en Madrid y aquí llego yo en 1947. Al poco tiempo ya fui a la Facultad de la Ciudad Universitaria, aunque antes Far-



Julio Rodríguez Villanueva, en su despacho de la Fundación Ramón Areces, en Madrid.

MODEM PRESS

”

Fui estudiante con mucho amor propio y responsabilidad; yo sabía del esfuerzo que hacían mis padres

macia estaba en lo que hoy es la Real Academia Nacional de Farmacia, en la calle de la Farmacia, de la que fui director de 1998 a 2001 y a la que sigo acudiendo para las sesiones de los jueves. Estudié con gusto e hice buenos amigos. Yo había hecho el primer curso preparatorio de la carrera en la Facultad de Ciencias de la Universidad de Oviedo (el segundo ya lo hice en Madrid) y allí conocí a un buen amigo de León, Avelino Pérez Geijo, que había estado preparando Agronomía, pero no llegó a ingresar. Geijo, compañero de carrera, mayor que yo, fue un poco mi tutor. Su compañía y orientación, junto con la del profesor Albareda, encauzaron mi vida y la de mi mujer, Isabel. Él era muy buen estudiante y tenía

las máximas calificaciones, era el mejor, junto con otro amigo, Manuel Losada Villasante, de Sevilla, muy brillante. Nuestro curso fue muy bueno y muy competitivo: éramos muchos los que teníamos las máximas notas. Y hubo otro amigo mío, que era de Pola de Siero, Eugenio Laborda, que también fue después investigador del Consejo de Investigaciones Científicas, el CSIC. Todos hicimos la carrera en Madrid y estábamos siempre juntos. Y después fuimos investigadores, del CSIC, desde el primer paso, que era ser colaborador científico, para pasar después a investigador o a profesor de investigación, el equivalente a catedrático de Universidad».

● **Excursiones universitarias.** «En la Universidad de Madrid pertenecí al departamento de Microbiología. Mi afición había nacido en la farmacia de mi padre, donde él hacía análisis clínicos y yo miraba por el microscopio, y veía preparaciones de microorganismos. A partir de entonces mi afición ya estuvo definida totalmente. Microbiología era una asignatura de tercer curso y también de quinto. Me metí en ello, nunca me desvié de esa materia e hice el doctorado con el profesor Lorenzo Vilas. Desde el segundo curso de la carrera, de alguna forma, nos prohibió un poco el profesor José María Albareda, que fue secretario general del Consejo y el que hizo el Consejo, junto con Lora Tamayo y otros. Don José María Albareda nos protegió y, de hecho, yo conocí a mi mujer en las excursiones que hacíamos los fines de semana con él. Íbamos en autobús un grupo de universitarios. Me casé en 1957 con Isabel García Acha y tuvimos cinco hijos,



aunque mi hija mayor falleció en Mieres, en un accidente de automóvil. Ella salió despedida y nosotros nos salvamos gracias al cinturón».

● **Bioquímicos asturianos.** «De aquel grupo de amigos de la carrera varios somos hoy miembros de la Real Academia de Farmacia. Ya digo que el mejor de nuestro curso era el profesor Manuel Losada Villasante, de Carmona (Sevilla), un auténtico superdotado que es catedrático jubilado de la Universidad de Sevilla y premio «Príncipe de Asturias» en 1995 de Investigación Científica y Técnica. Y también estaban Manuel Ruiz Amil, igualmente académico, o Gonzalo Jiménez Martín. Como los cursos eran muy competitivos, luchábamos por las mejores calificaciones. Pero los cursos en general eran buenos: el de mi mujer lo fue, años después el de Federico Mayor Zaragoza, que se casó con una ovetense, Chelas, María Ángeles Menéndez. De alguna forma, ellos fueron alumnos míos, porque cuando Federico llegó a la Facultad yo era ayudante en el departamento de Microbiología y les di prácticas. Federico Mayor fue el rector más joven de España, en la Universidad de Granada, y antes fue discípulo de don Ángel Santos Ruiz, catedrático de Bioquímica que influyó en todos nosotros y nos atrajo mucho a su materia. De años posteriores son Margarita Salas, asturiana, y su marido, Eladio Viñuela. Vinieron a trabajar con nosotros al Centro de Investigaciones Biológicas de la calle Velázquez de Madrid y a ellos, discípulos de Alberto Sols, les conocí de becarios. Desde entonces ha llovido mucho, pero siempre he



Cuando Federico Mayor Zaragoza llegó a la Facultad, yo era ayudante en el departamento de Microbiología

mos mantenido buenas relaciones».

● **Idea inyectada.** «Al terminar la carrera de Farmacia, todo fue seguido. Durante el doctorado de Madrid estuve trabajando más de un año en Lisboa, en la Estación Agronómica Nacional de Sacavem, el centro de más prestigio de Portugal en investigación biológica. Allí estaba el profesor Antonio Branquinho de Oliveira y su mujer, un matrimonio muy valioso. Él era doctor por la Universidad de Cambridge y de alguna forma fue quien me inyectó la idea de ir posteriormente a estudiar a Inglaterra. Luego volví a terminar el doctorado en Madrid y a partir de ahí ya me orienté a la Universidad de Cambridge, que para mí fue lo máximo. Antes, tuve la suerte de terminar el doctorado en el Centro de Investigaciones

Biológicas, en la calle de Velázquez, cuyo edificio fue transferido a la Administración y ahora sus instalaciones están en la Ciudad Universitaria, muy cerca de la Facultad de Farmacia. Ahí es donde ha nacido y donde se ha formado la microbiología española, y donde nos hemos formado la mayoría de los investigadores. Mi mujer, muy brillante, con premio extraordinario de Bachillerato, de licenciatura y de doctorado, también se doctoró en Microbiología, aunque seguimos caminos diferentes, y ella se especializó en microbiología celular. Se jubiló como profesora de investigación del CSIC».

● **Investigación con levaduras.** «Salí al extranjero mediante becas, que eran cortas, pero suficientes. Nunca me quejé de eso. Siempre tuve becas y siempre me manejé por mí mismo, es decir, que ya no dependía de mis padres económicamente. En aquella época, y en nuestra materia, no eran tan pocas las personas que salían al extranjero. De nuestro curso todos salimos: a Alemania, a Francia o a Inglaterra. En mis investigaciones, ya en Farmacia, comencé trabajando con bacterias y luego pasé a los actinomicetos y estreptococos, los productores de antibióticos. Más tarde, ya en Inglaterra, tuve un amigo en Cambridge, donde muchos éramos de fuera, americanos o europeos. Este amigo era el profesor Gabor Zsavo, húngaro, y él trabajaba con levaduras. Estábamos uno al lado del otro en el laboratorio y seguí muy de cerca sus investigaciones. Me aficioné mucho a ello y a partir de entonces me dediqué a las levaduras, y con esas investigaciones continué después en Madrid y en

Salamanca. Entonces, en levaduras trabajaban el profesor Feduchi y algún otro, como el profesor Marcilla, pero eran de los pocos profesores que se dedicaban a ello en el Consejo. Estudiábamos la levadura de la cerveza, la del pan, con aplicaciones de biotecnología en el ámbito de la alimentación, pero también de las enfermedades. Ahí están la "Candida albicans" y la candidiasis, que provoca infecciones, por ejemplo en la boca de los niños. Todo aquello me atrajo mucho porque las levaduras, además de ser microorganismos, son eucariotas, es decir, células parecidas a las nuestras y a las células vegetales, con su núcleo y con todo lo demás. Eso, de alguna forma, facilitaba el estudio de los seres superiores. Me metí en ello y traje la formación adquirida en Inglaterra, en el departamento de Microbiología de Cambridge y en la School of Biochemistry, que fue donde nació la bioquímica en el mundo y donde realmente sigue habiendo un foco».

● **Varios premios Nobel.** «Todo eso nace en los años treinta y cuarenta del siglo XX, la bioquímica moderna, y el foco principal es Cambridge. Es biología celular, mayormente, y química biológica de los procesos dentro de la célula. Lo que pasa es que la bioquímica se puede hacer con células humanas, con células vegetales o con microorganismos; el gran salto de la bioquímica se produjo con los microorganismos. Al llegar allí, trabajé con un discípulo de la profesora Marjory Stephenson, Ernest F. Gale, una eminencia. Gale significa tormenta en inglés, tempestad, pero él era una persona pacífica. Estuvo propuesto para el premio Nobel, aunque no llegaron a dárselo. En nuestro departamento de Bioquímica había varios premios Nobel, es decir, que era un ambiente realmente soberbio. Par mí fue una formación definitiva. Nosotros éramos una rama del departamento de Bioquímica, es decir, el subdepartamento de Microbial Biochemistry, o microbiología bioquímica. Y con el profesor Gabor Zsavo, ya fallecido, de Zedge, Hungría, trabé mucha amistad, aunque él sólo estuvo un año en Cambridge. Ya digo que él trabajaba con levaduras y yo con estreptococos y bacterias, pero el departamento era muy activo y teníamos todas las semanas seminarios, normalmente los viernes por la tarde, en los que por turnos íbamos exponiendo el trabajo que hacíamos. Con ello se contrastaba, se discutía y se informaba a todos los demás del departamento; no era un grupo muy grande, pero sí muy activo».

● **Equipo y seminarios.** «El tiempo se me pasó en Cambridge casi sin enterarme. Teníamos algunas clases a primera hora de la mañana, a las nueve, y algunas veces a las cinco de la tarde. El resto del día era investigar en el laboratorio, y en un ambiente formidable, cosa que no existía en España. Siempre trabajábamos en equipo, por ejemplo en los seminarios, y siempre te ayudaban los compañeros con ideas y sugerencias. Estuve cuatro años en Cambridge, aunque, de hecho, había ido a trabajar durante un año. Pero al profesor Gale le gustaron mi dedicación y mi ilusión por la investigación y me sugirió que me quedara para hacer el doctorado. Yo ya era doctor por la Universidad de Madrid y obtuve el de Cambridge en 1959. Tuve algunas ofertas de trabajo en Londres y luego en Manchester y en Bristol, donde tenía amigos. Pero me consideraba, primero, español; segundo, había sido becado por España, y, tercero, me sentía en la obligación de volver. A mí me viela, junto con Manuel Losada y Ruiz Amil, formamos un ambiente de investigación. Trabajamos con mucha ilusión. Nuestra vida era científica al cien por ciento, de discusiones, de debate, como habíamos hecho años antes en aquellos fines de semana de excursión con el profesor Albareda y el profesor Lorenzo Vilas».